

ALGUNOS ASPECTOS DE LA CULTURA JUDIA.

A: Mario Emilio Ravelo Marchena,
Patólogo y hombre de cultura.

Por: Mariano Lebrón Saviñón.

EL PUEBLO JUDIO.



El pueblo judío es uno de los grandes milagros de la pervivencia. Visto a través de la lente genial de William Shakespeare, la representación genuina del hebreo es Shilock, el avaro prestamista, preñado de odios hacia la humanidad, radicalmente misántropo.

“Aunque quieran ver detrás de cada judío a un Shilock —me dijo una vez un notable dominicano de puro ancestro hebreo —yo lo veo como paradigma de creación, y como encarnación del pueblo judío, a Jesucristo, con los brazos abiertos en lo alto de la cruz, perdonando a la humanidad orgullosa y pecadora”.

“¿Y acaso, —le preguntó alguien— no fue ese mismo pueblo quien lo crucificó?”

“¡Mentira! — apuntó mi amigo — Lo crucificó la humanidad. Fueron los hombres, representados por algunos judíos y unos cuantos centuriones romanos”.

La verdad es que el judío ha demostrado, desde su misma condición de expatriado eterno, una superioridad innegable. Allí donde, airoso, revolotea el genio, hay una frente judía, señera y majestuosa.

Y desde su condición de perseguido eterno ha surgido siempre triunfador, como una gracia del Destino, que le llueve desde el cielo, por voluntad de Jahvé.

El pueblo judío nació en Asia, en una estrecha faja circundada de arenas y de pueblos hostiles. Aún así, pequeño e infértil, la influencia de este pueblo fue superior a la de Babilonia o Persia, y acaso mayor que la de Egipto o Grecia. No sólo legó al mundo una civilización, sino también una religión. Su ubicación entre los grandes ríos, en las rutas de las conquistas, fortaleció el comercio de Judea, pero la hizo fácil presa, también, para los embates arrasadores de las grandes olas militares, que conmovieron su frágil fortaleza de pequeña nación. Esto quizás atemperó su espíritu, pero no le proporcionó la paz. Pagó tributos, y entre una balumba de versos maravillosos, quedó como una quejambre secular el lamento de sus *Salmos*, y el plañir de sus *Lamentaciones*.

Del fondo de sus tragedias el pueblo preferido de Jahvé sacó fortaleza, y en el largo vagar que le impuso el nomadismo, que no se detiene ni ante el hoy pujante estado de Israel, fue medrando la reciedumbre de su estirpe.

La gran historia de Israel empieza con el *Exodo*, aunque su verdadero arranque, y el hecho trascendente, es el asentamiento de los judíos en Egipto, donde José alcanza altas posiciones (1). La Biblia es bien precisa en el episodio del *Exodo*, que anuncia la salida del pueblo de Israel camino a la tierra prometida más allá de la seca soledad desértica. El líder del pueblo judío, en este punto, era Moisés, hijo putativo de la princesa Hapchesut, quien lo tomó de las aguas, cuando su madre, para salvarlo del tremendo úkase del Faraón, que mandaba que todos los varones judíos fueran asesinados al nacer, lo colocó, recién nacido, en una canastilla de mimbre y lo abandonó en las aguas del Nilo (2).

Cuando su salvadora fue reina, Moisés era el favorito. Pero no olvidó nunca su origen judío, y se resintió del mal trato que recibían sus hermanos de raza bajo el restallante flagelo del capataz desalmado en las fábricas de ladrillos. Y así, al subir al trono su enemigo Tutmosis III, comprendió que su situación en

Egipto era muy comprometida y huyó a través del desierto misterioso en busca de la tierra de promisión.

Dice la Biblia que Moisés demandó del Faraón la libertad de su pueblo, la cual obtuvo después de derramar sobre los egipcios sus siete plagas, y emprendió su inesperada peregrinación a través de las rutas demarcadas mil años antes por los egipcios, hacia las minas de turquesas.

El historiador egipcio Manetón, que floreció en el siglo III, antes de Jesucristo, explica que Moisés no era tal favorito sino un sacerdote que abandonó el Egipto con los pobres judíos esclavos, cuando entre ellos se declaró una epidemia. (3)

Esta es la versión que da Josefo, el historiador judío, y que repitieron griegos y romanos.

Otra versión menos veraz, que es la de Ward, atribuye el éxodo a una huelga de trabajadores, dirigida por Moisés y Aaron.

Abandonado Egipto, los hebreos vagaron cuarenta años por el desierto.

Estos nómadas pertinaces y hambrientos, cansados de sufrir, tras largo errar, alcanzaron a ver a Canaán, como una Jauja, y, tal una manada de lobos que despreciando el peligro cae sobre el aprisco, los vagabundos cayeron sobre la ciudad y, en su insania errabunda, fueron crueles, implacables, tremendos, más de lo que lo fueron asirios o egipcios en la hora triunfal de sus conquistas.

Solamente Gedeón, al capturar dos ciudades, mató 120,000 hombres. (4)

A partir de aquí se inicia una etapa de conquistas e incesante guerrear.

Moisés fue un buen dirigente y un sabio legislador, pero Aaron fue un guerrero crudelísimo y fiero.

Moisés, pues, hizo las leyes de su pueblo, algunas, como los Diez Mandamientos, de inspiración divina. Sin embargo, las leyes mosaicas no muestran nada de piedad, de esa piedad que iluminará más tarde el cristianismo, y que culminará en la cima revolucionaria del Sermón de la Montaña. Revelan una primitiva crueldad en el *diente por diente y ojo por ojo*, aunque apaga el

fuego de esta sentencia de la *Ley del Tali6n* con algunos cánones humanos que ruedan por los fueros de la recta moral. Propugnan una moral r6gida para el pueblo que gu6a, con algunas indicaciones de salud p6blica aunque no muy acertadas, reveladoras de un avance notable con respecto a la 6poca en que se legisl6. (5) Aun as6, no aportan nada nuevo a lo ya conocido, y otros c6digos antiguos superan al de Mois6s en lo relativo a organizaci6n social. Dice al respecto Will Durant:

“El c6digo mosaico, aunque escrito, por lo menos, mil quinientos a6os m6s tarde, no muestra ning6n adelanto con respecto al *C6digo de Hammurabi*; en organizaci6n social muestra un arcaico retroceso hacia el dominio eclesi6stico primitivo” (6).

Estas leyes fueron escritas, seg6n *El Exodo*, a instancia de Jethro, suegro de Mois6s, rey sacerdote del Sina6, quien, viendo como su yerno administraba justicia ante su pueblo, le dijo que aqu6l era trabajo demasiado 6mprobo para 6l y que era mejor que escribiera un C6digo, que permitiera a sus jueces fallar con idoneidad los casos planteados. A esto agrega Pijo6n:

“Si recordamos que Jethro era un rey sacerdote del Sina6, y, adem6s, semita, y, por tanto, de una cultura de tipo babil6nico, ya podemos prepararnos, pues, a encontrar en la *Thora* resabios del C6digo de Hammurabi que reflejan la antigua costumbre en el delta del Eufrates” (7)

Josué, el sustituto de Mois6s, fue el primer gran guerrero del pueblo hebreo. Siguiendo la costumbre de los viejos caudillos orientales, actu6 con mano dura, y con crudel6sima sa6a. Sus victorias fueron numerosas; los jud6os dieron a sus guerras un car6cter religioso, con discriminante y absurda intransigencia, seg6n la cual no deb6a vivir aquel que no aceptara a Jahv6. No obstante, el pueblo cansado y errabundo, a cada instante tornaba a su vieja idolatr6a, por lo que los sacerdotes ve6anse forzados a actuar con cruenta severidad. Los vagabundos del desierto hab6an estructurado un formidable ej6rcito conquistador, constituido por cuarenta mil hombres:

tomaron Jericó, triunfo sangriento de Josué (8), donde no dejaron con vida hombre, mujer, anciano, niño, perro u ovejo (9); luego asaltaron la ciudad de Hai que, una vez vencida, fue saqueada, ensangrentada e incendiada; luego caputrarón la ciudad de Gabaon, a cuyos habitantes esclavizaron inmisericordes y, al fin, se apoderaron de toda la Tierra Prometida, esto es, Canaán. Josué logró sus victorias, según el *Libro de Josué*, con la ayuda directa de su Dios; pero no fue generoso en sus victorias, sino terrible, como Atila.

Cuando murió, quedó el pueblo judío sin caudillo. Había creado un pequeño Estado, rodeado de pueblos hostiles, poderosos y enemigos. Por eso no gozó nunca de absoluta tranquilidad.

APOGEO Y CAIDA

Los judíos estuvieron gobernados, en la primera etapa de su Historia, por *Jueces*, el primero de los cuales fue Otoniel, quien defendió el Estado contra el peligro que para el mismo entrañaba el poderío de Babilonia. Se inicia para los judíos una larga etapa de victorias y derrotas, de caídas y ascensiones, de esclavitud y señorío. Era un pueblo acorralado y con grandes acechanzas de jaurías sedientas.

Entre los otros jueces se cuentan Gedeón, vencedor de *los medianitas* y, prácticamente, rey sin corona. Vino luego Abimelec, hijo de Gedeón, quien se proclamó rey tras asesinar a todos sus hermanos, a excepción del menor. Luego surgió el feroz guerrero Jefté, quien sacrificó a su propia hija por una impía promesa hecha a Jahvé; tras una victoria prometió sacrificarle al Señor el primer ser viviente que le saludara al regreso a su hogar. Ese ser fue su hija.

El más conocido entre los jueces fue Sansón, azote de *los filisteos*, y cuya fuerza hercúlea radicaba en los cabellos.

Dalila, una hermosa filisteá, descubrió el secreto de su poder, entre aspavientos pasionales, y le cortó los cabellos, cayendo en poder de sus enemigos, quienes le arrancaron los ojos y lo pusieron a trabajar en una inmensa rueda. El se vengó

en un festín en que los filisteos, para burlarlo, lo llevaron, pretendiendo que abjurara de su Dios y le rindiera culto a Darvón, su grotesco ídolo pagano. Colocado entre las dos columnas centrales del templo, las derribó, aplastando 3,000 filisteos. Había recuperado sus fuerzas con el crecimiento de los cabellos. Pero él también murió bajo los escombros.

En tanto, las diferentes tribus israelitas peleaban entre sí y se exterminaban. Adoraban a Dios y lo negaban, exaltando en su lugar ídolos extraños, conmemoración del becerro de oro que ya entronizaron una vez en el desierto, provocando la cólera de Moisés, cuando quebró las tablas de la Ley con tronante estruendo.

Por fin las tribus dispersas se consolidaron en una nación poderosa, bajo la voluntad de un Juez. Esta voluntad de acero, este hombre magnífico fue Samuel. Bajo su mandato casi real, los rijosos guerreros dejaron de ser un heterogéneo conglomerado de pueblos aldehueños. Israel era ahora una gran nación que alcanzará su mayor pujanza bajo los reinados de David y su hijo Salomón. (9 bis)

Cuando el pueblo clamaba por un rey, Samuel, aun sabiendo todo el mal que esto acarrearía a su pueblo (despotismo, ambición, concupiscencia...), le designó uno. Este fue Saúl, inconsciente y necio. A este le sustituyó David.

David era un pastor poeta y cantor, que salvó su pueblo de los filisteos cuando un gigante descomunal, de nombre Goliat, lo burlaba amenazante. El pastor con la sola arma de su honda lo aturdió al dispararle un guijarro, y, ni corto ni perezoso, con inesperada celeridad y con la propia espada del gigante, lo decapitó.

David era un gran poeta y un diestro guerrero, pero cruel y concupiscente.

Casó con Michael, hija de Saúl; cuando se cansó de ella se la entregó a un amigo de la aldea de Gallin y casó con una viuda de nombre Abigail, de quien tuvo un hijo a quien puso por nombre Chileab. Enamoróse de Betsabé, esposa de su general y amigo Urías, con la que casó tras asesinar al esposo (10), y de quien tuvo varios hijos, uno de los cuales fue Salomón, a quien

nombró su sucesor en el trono, pasando por encima de los derechos de sus otros hijos: Absalón y Adonai.

Absalón guerreó contra su padre y, vencido, fue asesinado por un general de David, que desobedeció la orden de respetar su vida. La espléndida cabellera de Absalón fue su tumba, pues mientras huía en un corcel, su pelo se enredó en los ramajes de un árbol, donde fue fácil ultimarle cuando colgaba, indefenso, como un péndulo humano.

A David lo sustituyó Salomón, quien hizo construir el suntuoso templo de Jerusalén (11), y llevó a su corte un boato como nunca conocieron los judíos. Era sabio y valiente (12), pero vicioso: reunió en su serrallo setecientas esposas y trescientas concubinas. (13)

Entronizó ídolos y cultos de algunas de sus mujeres orientales, en franca rebeldía con el canon. Daba magníficos banquetes servidos en vajillas de oro.

Para mantener este lujo tuvo que ser despótico y cruel y gravar a su pueblo con grandes impuestos.

“Pudo echar los cimientos de un poderoso Estado judío, pero su amor por el lujo y su indiferencia espiritual tornaron esto imposible”.
(14)

Su muerte trajo la decadencia. Lo sustituyó su hijo Roboam, obtuso, ignorante y de criterio estrecho. “Mi padre — le decía a la chusma — os puso un fuerte yugo; el mío será peor”. Bajo su reinado estalló la guerra civil (dirigida la facción rebelde por su hermano Joboam) y el Estado se dividió en dos: Israel al Norte y Judá al Sur, culminando con este hecho las viejísimas rivalidades de las tribus. De las regiones del país, el Norte aportó todos los grandes hombres (incluyendo a Juan el Bautista y Jesús), con la sola excepción de David, que era del Sur. Las tribus se debilitaron y cayeron sobre ellas, tal si fueran presas venatorias para la avidez del galgo, los poderosos estados vecinos.

Los judíos volvieron al exilio, a hundirse de nuevo en el ansión de sus recuerdos; soñando, rotos en angustiantes nostalgias, con el lejano esplendor de las tierras perdidas.

En 722 cayó Israel en manos de los asirios — rudos montañeses del Norte de la Mesopotamia — y en el siglo siguiente, los caldeos conquistaron a Judá.

“El cruel e implacable Jehová — dice Van Loon—adorado por Moisés, Josué y David, había sido el dios tribal de una pequeña comunidad de granjeros y pastores que vivieron en un rincón olvidado del Asia Occidental”. (15)

Tal es la verdad. Jehová se empeñó en ser el dios de los hebreos pese a los errores de su pueblo preferido y la pertinacia con que este pueblo le daba las espaldas en los mejores momentos.

RELIGION.

La gran fuerza histórica de los hebreos, esto es, del pueblo de Israel, deriva, según todo lo dicho, de su religión, que es un *monoteísmo* riguroso y puro, y con un sentido moral desconocido en los pueblos de la antigüedad.

Según ésto, el pueblo de Israel es el pueblo de Dios, escogido por El para que sea el portador, entre todos los pueblos, de la idea del Dios *Unico, Verdadero, Universal y Eterno, Creador del mundo — de la tierra y el cosmos— de las bestias y el hombre*; Dios que sólo puede abarcar y concebir el espíritu, y al que se le honra con el amor, con el bien y la justicia. Este Dios bienhechor, invisible, a veces patriarcal, pero al mismo tiempo *Omnipresente, Omnipotente y Omnisciente*, a quien llamaron Jahvé (o Jehová), que significa Eterno, se les aparece a los patriarcas de los primeros clanes tribales (Abraham, Isaac, Jacob, Moisés), los guía hacia Canaán, los saca de Egipto, abre para ellos el mar Rojo y lo cierra para los egipcios; les da la Ley de los diez mandamientos (el Decálogo), los guía por el desierto, los provee del *maná* y del agua fresca, que brota de la roca, y los lleva hacia *la tierra prometida* en Palestina.

Cuando las desgracias abaten al pueblo judío, por causa de

sus pecados, la fe es reavivada por la predicación de los profetas, hombres extraordinarios y virtuosos que mediante la inspiración de Dios — al igual que los patriarcas —actuaban.

Los profetas presentaban las desgracias como un castigo del Eterno a su pueblo por haber desandado los caminos de la fe. Tal como los vemos en la Biblia, eran hombres iluminados, propietarios de una mágica visión del provenir, visión de la cual emanaba, como el agua de la fuente inesperada, su capacidad de oráculo, es decir, de predicción del porvenir.

El primer gran profeta fue, sin duda, Elías, quien en momentos difíciles para su pueblo quiso purificar y llevar a sus primitivas esencias el culto de Jehová, y anunció, con justeza admirable, el desastre. Trató de salvar a Samaria y al Norte de Judea, de la corrupta influencia de los fenicios. Pero Elías había estado junto a un estamento inferior de coribantes y al final sólo quedó de él una leyenda gigantesca.

Otro profeta, Isaías, denunció a sus gentes que un día las desgracias del pueblo tenían que cesar, pues el Sumo Hacedor enviaría un Salvador a la tierra, un Mesías, que salvaría al pueblo de Israel; es, pues, la primera promesa mesiánica.

Amós, entre los profetas, deja un testimonio escrito de su inspiración, en ocasión de su lucha contra las influencias idolátricas del Norte, que, por tratarse de una apostasía del culto a Jehová, representaba la ruina de Samaria y de todo Israel.

La salvaguarda del culto entre los hebreos estaba a cargo de los sacerdotes, a quienes se les confiaba el mantenimiento del dogma, en su más prístino significado. El sacerdocio era hereditario y sólo tenía derecho a este privilegio la familia de los *Levitas*.

Con esta religión tan exclusiva, rectora de la vida toda, del pensamiento y del carácter del pueblo hebreo, su gobierno adoptó una forma teocrática y de ese Gobierno formaba parte un alto cuerpo sacerdotal llamado el *Sanhedrín*, y los *escribas*, que tenían a su cargo la revisión y la custodia de los libros sagrados. Esta admirable organización hizo que la Antigua Ley se mantuviera viva y rectora, desde Abraham hasta la aparición

del cristianismo, cuando la sustituyó la *Ley Nueva* o de *Gracia*.

Los israelitas no autorizaban la poligamia— aunque sus dos grandes reyes fueron polígamos hasta la exageración —, ni fue conocida, como en los pueblos antiguos, la esclavitud; pero existió una forma de servidumbre personal, que cesaba cada siete años, cuando se celebraba el *año sabático*.

También celebran el *año del jubileo*, cada cincuenta años, en el cual todas las tierras enajenadas eran devueltas a sus primeros poseedores, con el fin de establecer el equilibrio de propiedad.

Al pueblo hebreo se debe, pues, la primera religión espiritual del mundo, lo cual lo coloca, moralmente, muy por encima de los otros pueblos orientales. La idea del Dios único, a pesar de sus desvíos constantes hacia la idolatría, se impondrá en el mundo a través de la Biblia, porque, además de ser la base del judaísmo, va a remansarse en el cristianismo, que más tarde surgió en Judea, y fue la base del *islamismo*.

LA IDOLATRIA.

El Dios del desierto, el Jehová que se ofrece al pueblo como el Conductor y Salvador, que se sienta en su trono detrás de Kadesh y es tronante en el Sinaí, no podía representarse en imagen, durante el primitivo nomadismo. Era, en realidad, una deidad impar y solariega, concebida como *el Dios de la Alianza*, según ha sido expuesto con el claro criterio de infinita luminosidad por Max Weber, (16). Y por eso, no se pudo tejer en su torno una mitología, aunque inesperadamente entró en asociación con los Baales locales, no sólo en las urbes, sino en los campos también. El símbolo de ese no representado Dios, era el *Arca de la Alianza*, donde, ostensiblemente, era posible presentir la presencia de Jehová, desde las andanzas por el desierto, bajo la petrificación de un fetiche. Allí, en el monte Efraín, en Silo, al Oeste del Jordán— sitio del *Arca de la Alianza* — se levantaron dos incorpóreos seres, guardadores del sagrado símbolo: dos altos querubines o ángeles.

Pero en el campo, lejos de las personalidades sagradas del

culto, hubo la necesidad de la creación de figuraciones idolátricas a quienes adorar y, unas veces, era un santuario en donde se representaba bajo la forma de un toro, como un *becerro de oro*, y otras, se veneraba en piedras y en figuras talladas.

Junto a *Adea* todos los agricultores tenían sus ídolos domésticos cuyo culto no parecía estar en contradicción con el de Jehová; como tampoco parecía estarlo una especie de panteísmo astral, o sea el culto de *Astarté* (17) o el de *Moloch*, introducidos por los fenicios; ni el de *Talmuz*, o la diosa Luna, *Sin*, venidos de Mesopotamia, de la última de las cuales procede el *Sabbath*.

Pero también, para sorpresa histórica, la orgiástica diosa de la fecundidad agrícola penetró de tal manera, desatando cóleras proféticas, que más tarde encontraremos claras huellas del culto de los hieródulos hasta en el de Jehová, en el templo de Jerusalén.

LA BIBLIA.

Hay algo más admirable en el pueblo judío; más que su inmenso talento financiero; más que su pregonado apego al oro; más que su habilidad para los negocios, y es su gran literatura. Y el máximo exponente de esta literatura es la *Biblia*, el libro de los libros, la más alta exteriorización del genio humano.

Lo más grande que tiene la Literatura es este libro, donde se hunde el pensamiento, atónito de vagar entre extraños mundos de maravillas. Allí está todo lo que es capaz de forjar la fantasía en epopeyas grandiosas, en las que desconocidos Homeros volcaron la gracia del genio: la creación del mundo en seis días, que son, con sus mañanas y noches, otros tantos milenios, porque para Dios un día con su noche puede ser la eternidad; la creación del primer hombre de una escultura de barro, en la que sopla Dios su propio espíritu, para colocarlo, solitario y melancólico, en el Paraíso maravilloso, donde pasa errabundo soñando con el amor; el nacimiento de la mujer del propio costado viril, para imponer, en la quietud sin sombras,

paradisíaca, el delirio venal del primer amor hecho de una mordedura frutal; la expulsión del hombre del Paraíso por un ángel de flamígera espada, para que naciera el dolor, y con el dolor la duda y con la duda, la esperanza y el odio que amasó la envidia, con el crimen sin par en las profundas lejanías del tiempo; la voz de la conciencia que surge desde los fondos tenebrosos del criminal que ve, en el tendal implacable de la noche eterna de su alma condenada, el ojo de Abel, fijo, doloroso, atormentado, castigadoramente luminoso como un sol implacable en el caliente rumor de los siglos; la multiplicación de la raza maldita, estigmatizada ya por el candente beso del primer pecado y el rojor sangriento del primer crimen; las violentas lluvias que, diluviando sobre los hombres pecadores, cubrieron de agua las más empinadas cimas de la tierra; la fantástica arca donde un solo justo con su parentela, solitario jirón de la humanidad pecadora, se salva con las bestias inocentes; la vida patriarcal y muelle de un mundo donde los mensajeros de Dios se mueven libremente dialogando con los hombres y salvando, en el milagro de un instante, las distancias que van de la tierra al cielo y del cielo a las tenebrosas profundidades; la peregrinación del pueblo escogido, en procura de la paz y la abundancia; las ciudades malditas medrando en el pecado, en el vicio y la corrupción, y el castigo implacable de Dios borrándolas de la haz de la tierra; la peregrinación de Agar, a través del desierto, con su hijo Ismael al hombro, recibiendo refacción del cielo; la novela de amor y dulcedumbre romántica de Isaac en busca de Rebeca; la novela de intrigas de Esaú y Jacob; la pureza de José con la interpretación del sueño de las vacas y el perdón de sus hermanos; la dolorosa cautividad de los judíos, entre los egipcios; Mosisés, legislador y libertador, poeta e historiador, librando a su pueblo errabundo por cuarenta años a través del desierto, después de abrirle paso el mar que se hendió rugiente y borbollante, como dos inmensas alas colosales; anales de guerras sangrientas, de conquistas, de libertades, de esclavitud, de sangre, de energías sostenidas por la mano de Dios y caídas precipitadas en las lóbregues del Báratro infernal; profetas incendiarios, grandes poetas líricos,

amores pecaminosos de reyes concupiscentes; esplendor y decadencia que va desde Salomón a Herodes; y por último, el mensaje de amor y fe de un profeta divino que paga su mesianismo con los brazos abiertos en una cruz y muere perdonando a los que lo torturaron. ¿Hay en otro libro tal copia de sublimidades, igual cúmulo de epopeyas?

Los numerosos libros de la Biblia se consideran escritos por inspiración divina.

El núcleo original y básico de la Biblia es el *Pentateuco*, o los cinco primeros libros que son: *El Génesis*, *Exodo*, *Levítico*, *Números* y *Deuteronomio*, libros todos atribuidos a Moisés. Detrás vienen los libros, llamados históricos, que narran los hechos fundamentales del pueblo hebreo, desde la creación del mundo hasta el año 100 antes de Jesucristo.

La primera parte de estos libros históricos que llega hasta la caída del reino de Judá la forman: el *Pentateuco*, el libro de *Josué*, el de *Samuel* y el de los *Reyes 1o. y 2o.*; la segunda parte que abarca hasta la reconstrucción del templo, la constituyen: las *Crónicas 1o. y 2o.*, los libros de *Esdras* y los de *Nehemias*; y la tercera, que comprende hasta el año 100 antes de Cristo, se reduce al libro de *los Macabeos*.

Al lado de los libros históricos figuran las narraciones poéticas, cuyo objetivo era moralizar, ya que propugnaba encender la moral y la fe, mediante hermosas narraciones tradicionales como: la Historia de Jonás, el Libro de Esther y el de Judit.

Esther y Judit son heroínas nacionales que salvaron oportunamente su pueblo de planeadas matanzas descomunales.

Además hay en la Biblia libros didácticos de enseñanza filosófica, aunque también henchidos de poesía como: *los Proverbios*, de Salomón; el *Libro de Job*, y el maravilloso y nunca bien ponderado *Eclesiastés*.

También se supone que hay poesía dramática como *El cantar de los cantares*, por estar en forma dialogada, y poesías líricas, enjoradas de metáforas orientales; los *Cánticos* de Moisés, los *Salmos*, de David, y las *Lamentaciones*, de Jeremías.

Por último, se leen en la Biblia, siempre en el *Viejo*

Testamento, que es el que venimos tratando, los *Libros Proféticos*, que contienen las arengas que esos hombres providenciales, llamados *profetas*, dirigían al pueblo para encauzarlo por los caminos de la fe. Los profetas fueron diez y seis; a saber: Jeremías, Ezequiel, Daniel, Oseas, Amós, Miqueas, Nahum, Sofomías, Joel, Abacue, Abdía, Baruch, Ageo, Zacarías, Malaquías, Isaías y Eliseo.

También fueron profetas, aunque no se les incluye en esta categoría, el rey David, el asirio Balam, cuya burra habló en cierta ocasión y el idoneo Job, así como el casto Tobías.

Los cinco libros del Pentateuco tratan de: la historia de la creación (*Génesis*), la salida del pueblo judío de Egipto (*Exodo*), las leyes concernientes a los levitas o sacerdotes (*Levítico*), el empadronamiento del pueblo (*Números*) y el resumen de los libros anteriores (*Deuteronomio* o segunda Ley), con un apéndice de los hechos posteriores a Moisés.

Un libro también sagrado para los judíos, pero independiente de la Biblia, *El Talmud*. Es una colección de tradiciones y hechos de los tiempos que siguieron a la destrucción de Jerusalén, escrita por los rabinos y que debía conservarse entre los hebreos sin ninguna alteración. *El Talmud* comprende: *El Talmud de Jerusalén*, que es del siglo II; *El Talmud de Babilonia*, dividido en dos partes: *La Michna*, o segunda Ley, y *La Ghemarah*, o comentario. En el Período talmúdico se distinguen varias escuelas: la de *Tiberíades*, la de *Nehardea*, *Surah*, *Pumbuditbah*, *Mischnah*, *Tharymin*, *Lhaymuden*, *Cabbalah* y *Mazzorah*.

EL DIOS DE LA BIBLIA

Este Dios tan íntimamente ligado a su pueblo, que saca a los hombres de Egipto y los conduce a una tierra que él mismo ha prometido; que no se dirige a sus líderes sin aludir a "*mi pueblo*", es, en el fondo, "el Dios del contrato", es decir, de un contrato tácito establecido entre Jehová y el pueblo de Israel, por intermedio de su hijo escogido, Moisés. Según se lee en el *Exodo* (18), Moisés, que vive en Horeb, lejos de Egipto, donde

sus hermanos lloran su espantoso cautiverio, y que se dedicaba a pastorear las ovejas de su suegro Jethro, vio ante sí a un Angel del Señor, en una llama de la zarza que ardía, y, de seguida, oyó la estentórea voz de Jehová que le dice:

“Yo soy el Dios de tu padre, Dios de Abraham, Dios de Isaac, Dios de Jacob” (19).

Luego que ve a Moisés humillarse, continúa:

“Bien he visto la aflicción de mi pueblo que está en Egipto y he oído su clamor a causa de sus exactores; pues tengo conocidas sus angustias:

Y he descendido para librarlos de mano de los Egipcios y sacarlos de aquella tierra, a una tierra buena y ancha, a tierra que fluye leche y miel, a los lugares del Cananeo, del Hetheo, del Amorrheo, del Pherezeo, del Heveo y del Jesuseo” (20).

Y lo envía a rescatar su pueblo de la esclavitud. Jehová le ofrece la libertad, a cambio de la entrega total de ese pueblo.

Y por eso, ese Dios del contrato no se conformaba con la adoración; exigía que los hombres sintieran su insignificancia y pequeñez, el arrojarse ante su divinidad, arrastrando las rodillas y no tener otra pasión como la que El debía inspirar.

En el origen, este Jehová aparece como un Júpiter tronante, morador de los montes, colérico y violento, que no se deja oír más que con la voz del trueno, ni se deja ver más que como llama voraz ante las zarzas.

Los autores del *Pentateuco* – o el autor de estos libros, si es que fue sólo Moisés quien lo escribió – que usaron la religión como resorte de gobierno (y de aquí el que este pueblo deviniera en una teocracia) convirtieron a este Júpiter – Vulcano en Marte, haciendo de su Dios Omnipotente, un poderoso guerrero imperialista, a quien en sus cánticos y proclamas llaman Señor de los Ejércitos, y que lucha por su pueblo – guiando la estrategia bélica de sus líderes – tan fiera e implacablemente como los dioses de *La Ilíada*. “El Señor es un fuerte guerrero”, dice Moisés.

Y David, ya rey conquistador, se hace eco de este clamor de guerra; porque según el rey guerrero y poeta, Dios “adiestra mi mano para la guerra; Jehová promete destruir a todas las gentes a las que los judíos lleguen a expulsar, a los *hebreos, cananeos, y heteos*”, y a El se le atribuyen todos los territorios conquistados por los judíos.

El primitivo Dios del *Génesis* y el *Exodo* no es pacifista ni concibe la paz. El sabe que toda conquista conlleva derramamiento de sangre y que ni aun la tierra de promisión se puede conquistar si no se entinta la espada. Para retenerla hay que pelear también. El mundo es un campo de guerra que sólo retendrán los más fuertes. Por tanto, Jehová no es un guerrero por mero capricho ni por entretención divina, sino porque tiene que serlo.

Tienen que pasar muchos siglos, tiene que correr mucha sangre, tienen que ocurrir muchas derrotas y humillaciones para que este Dios terrible se convierta en el amable y dulce Dios, padre de Hillel y de Cristo.

A veces, con vanidad humana y petulancia de general triunfante, exige, más que amor, admiración, y vive ávido de que los demás reconozcan su fuerza y su hazaña, como cuando doblegó a los egipcios:

“Sabrán los Egipcios que yo soy Jehová, cuando extienda mi mano sobre Egipto y saque los hijos de Israel de en medio de ellos” (21)

El triunfo que, por su voluntad, alcanzan los judíos, estremecería de pavor por sus crueldades, si éstas no fueran norma común en los antiguos jefes orientales. Ordena matanzas de pueblos enteros sin empaque ni santo rubor. Así, bajo el ojo protector de Jehová, Josué destruye a Jericó con todos sus habitantes, salvando sólo a la ramera Rahab y su familia, porque traicionó a sus hermanos ayudando a los israelitas. Las ciudades se entremecían de pavor cuando las hordas de Jehová se acercaban.

Pero igualmente es cruel e implacable con los judíos que transgreden su ley: cuando se prostituyen con las hijas de Moab, Dios le da esta dura orden a Moisés: “Reune a todos los jefes del

pueblo y cuelga a esos ante el Señor, cara al Sol". Sólo alcanzarán su piedad los que acepten su ley sin discutirla. Pero sin claro criterio de su culpabilidad y sus alcances, el castigo caerá sobre el pecador, sobre sus hijos, los nietos y los biznietos. Es tan feroz, que lleno de cólera, cuando los judíos adoran el *Becerro de Oro*, amenaza con desatar todo su furor sobre su pueblo, hasta el límite del exterminio:

"Déjame que se encienda mi furor — dice Jehová — en ellos, y los consuma: y a ti yo te pondré sobre gran gente" (22) y Moisés, temeroso de la matanza le ruega al propio Dios deponer su ceño y perdonar a los culpados: "Vuélvete del furor de tu ira y arrepiéntete del mal de tu pueblo" (Ex. 32,14).

Y torna a Jehová la cólera cuando los nómadas se vuelven contra la autoridad de Moisés, intentando la destrucción total de las tribus, y de nuevo Moisés agota sus argumentos para lograr conmovir los mejores sentimientos de su Dios.

Como no acepta señal de duda o hesitación a su autoridad, pone a prueba la lealtad de Abraham, exigiéndole, cruel, el sacrificio de su propio hijo, lo que éste se dispone a ejecutar sin vacilaciones, y sólo en el momento de levantar el cuchillo jífero para degollar la víctima, Jehová, conmovido y admirado, lo salva de tal obligación proporcionándole un cabrito.

Como Moisés, Abraham hace súplicas a Jehová para que no destruya a Sodoma y Gomorra si se encontraren en esas ciudades cincuenta, cuarenta, treinta, veinte o diez hombres buenos.

Las maldiciones de Dios contra los pecadores llenan muchas páginas de la Biblia.

Y por eso David, el rey conquistador, en muchos de sus *Salmos*, canta a la gloria guerrera de su Dios. Antes de la guerra, David pronuncia su Oración, de esta manera.

*Bendito sea Jehová, mi roca,
Que enseña mis manos a la batalla,
Y mis dedos a la guerra. (23)*

Y el pueblo responde:

Oigate Jehová en el día del peligro. (24)

Cuando las cosas no marchan muy bien el rey poeta pide la ayuda de Dios:

*Despide relámpago, y disípalos,
Envía tus saetas, y contúbalos
Envía tu mano desde lo alto;
Redímeme, y sácame de las muchas aguas,
De la mano de los hijos extraños,
Cuya boca habla vanidad” (25)*

Y las gentes aprueban con estos términos:

*Estos confían en carros y aquellos en caballos,
Mas nosotros, del nombre de Jehová nuestro Dios
tendremos memoria. (26)*

Los *Salmos* se hacen sonoros, marciales, particularmente optimistas y ruidosos, cuando dan gracias a Dios por la victoria que ha proporcionado:

*Cantaré a tu nombre, Oh, Altísimo;
Caerán y perecerán delante de ti
Porque has hecho mi juicio y mi causa. (27)*

David se complace, a veces, en su maravillosa poesía triunfal, en contar la decidida ayuda que recibió de Dios:

*Y la tierra fue conmovida y tembló,
y moviéronse los fundamentos de los montes,
y estremecieron, porque se indignó El. (28)*

Cuando aparecen los profetas traen un mensaje de admonición, de cólera, anunciando castigo y destrucción, no por una interpretación superior del mundo y del cosmos, sino porque Dios estaba encolerizado, y sólo con la humillación de las multitudes se aplacaba.

Ninguno de los profetas, como lo hicieron Moisés o

Abraham, trató de aplacar su Dios; ninguno trató de evitar la ruina.

El Nuevo Reino se concibe de manera distinta. El pueblo que escucha a los profetas se lo imagina como un reino mundial que debe ser creado. Pero los profetas deben imaginárselo como un reino de paz, donde Dios domina, con su pueblo elegido, sobre todos los pueblos de la tierra.

Se trataba, pues, de una escatología, donde se presentaba la era final del mundo.

Ese Dios terrible, castigador e implacable, es el que adviene al medioevo y a los días tremendos de la Inquisición, cuando se excomulgaba a Spinoza con estas duras palabras:

“Maldito serás en la ciudad, y maldito serás en el campo... Maldito será el fruto de tus entrañas y el fruto de tu suelo...”

Maldito serás cuando entres y maldito serás cuando salgas... El Señor te herirá de tisis, de fiebre y de inflamación... El Señor te herirá con las úlceras de Egipto, con almorrana, con tiña, con sarna, y no podrás sanar de ellas.

El Señor te herirá de locura y ceguera y pasmo del corazón. . Y toda enfermedad, toda peste que no esté escrita en el Libro de la Ley, el Señor te abrumará con ellas hasta que perezcas”.

RELATOS DEL GENESIS.

El Génesis sugiere que la cuna de la Humanidad se encontraba en la Mesopotamia. Allí creó Dios al hombre, muñeco de barro animado con el soplo divino; y allí, posiblemente, se construyó el Paraíso o Edén, la tierra donde los padres del mundo vivieron solos y felices, en una profunda inocencia virginal.

Allí vivieron los patriarcas conductores de las primeras congregaciones de sedentarios pastores, hasta el Diluvio; allí se edificó la torre de Babel, y de una ciudad del delta del Eufrates llamada Ur, partió Abraham camino a Palestina.

La Biblia está llena de referencias a este país, situado en el valle que se hunde entre dos ríos y cuya historia en nada se aparta de la del pueblo escogido.

La gran importancia que para nosotros han tenido estos relatos, estos posibles mitos, ha preocupado de tal manera a historiadores y arqueólogos, que éstos han investigado con interés, quizá superior al que inspiró el Egipto, la posible verdad de los mismos.

Muchos de los bellos y apasionantes relatos del *Génesis*, han sido entresacados de un depósito de deleitosas leyendas mesopotámicas, en una antigüedad igual a 3,000 años antes de Jesucristo.

El Paraíso y el Diluvio, con sus mismas características, cambiando sólo los nombres de personas y lugares, pueden ser leídos en la epopeya sumeria *Gilgamés* y en *El Génesis* de la Biblia.

Es lógico que los judíos que reciben ráfagas de civilización de los pueblos mesopotámicos se apropiarán de algunos de sus mitos, cuyos relatos, cuya literatura, cuyo modo de vida, a partir de la primitiva Sumeria, se hicieron comunes a todos los pueblos del Cercano Oriente.

Las formas pérsicas y las talmúdicas presentan a un Dios creando un ser humano de dos sexos (varón y hembra unidos por la espalda como mellizos siameses) y luego dividiéndolos. De modo que al separarse la parte macho de la hembra, formaron dos seres, que propugnaron el volverse a unir en un todo único, a través del amor. Esto nos recuerda la extraña frase del *Génesis*, todavía no bien explicada:

"Macho y hembra los creó y los bendijo y les dio el nombre de Adán" (29)

Es decir, nuestro primer padre fue hermafrodita también-macho y hembra—, creada criatura de dos sexos, cosa que casi nadie, entre los teólogos, parece haber observado.

La leyenda del Paraíso aparece en casi todos los folklores: en Egipto, la India, el Tibet, Babilonia, Persia, Grecia, Polinesa,

México, etc... Casi todos estos edenes tenían su árbol prohibido, y tenían en el fondo de sus sombras florestales serpientes o dragones que llevaban el pecado al paraíso, emponzoñándolo con el castigo de Dios.

También en este árbol prohibido — el árbol del Bien y del Mal — se crea el *tabú* y con la transgresión a la ley que engendraba el primer *tabú*, la idea del castigo.

Hay un trasunto de naturaleza sexual en estos mitos — que parecen, insólitamente, tener también un fondo de magismo. Tanto la serpiente que emite el silbo de la tentación, como el árbol erguido en medio del paraíso, parecen ser — en las interpretaciones modernas de la sicología sexual — signos fálicos. Detrás del mito brilla la idea de que el sexo y el conocimiento destruyen la inocencia y la felicidad, y son el origen del mal.

Como un pecado de menor cuantía reconoció la religión el acto sexual; pecado venial se le llamó.

Después, los cánones de la nueva liturgia reconocieron como enemigos del hombre el Mundo, el Demonio y la Carne...

Y con la carne vuelve a aparecer el sexo como peligro de contaminación pecaminosa.

Ideas tales vuelven aparecer en el libro poemático de la sabiduría del Predicador: *El Eclesiastés*.

En todos los libros sagrados, insólitamente, la mujer figura como hontana de perdición, fuente de pecados, cuna del mal; es un lindo y malvado agente de la sierpe, llámese Eva o Pandora, o la Poo See de la leyenda china.

En uno de los libros serios de la China, en el *Shi Ching* se lee:

“Todas las cosas estaban al principio sujetas al hombre, pero una mujer nos arrojó en la esclavitud. Nuestra miseria no vino del cielo sino de la mujer; ella perdió a la raza humana. ¡Ah, infeliz Poo See! Tú prendiste el fuego que nos consume y que cada día crece... El mundo está perdido. El vino lo inunda todo”.

Aún más universal es la historia del Diluvio. Casi no hubo

pueblo antiguo donde no se anegara la tierra en largos días de lluvia continua —cuarenta en *La Biblia* y en el *Gilgamés* —ni monte de Asia donde no se detuviera el arca de un Noé o algún Samás Napistín.

Ninguno de estos mitos debe tomarse al pie de la letra e interpretarse como tales; son alegorías interpretativas, juicios filosóficos, actitudes morales de decidida tendencia racial. Así, por lo menos, los vemos nosotros después de despojar a estos pueblos de la aparente puericia que revelan sus leyendas, en contraste con la sapiencia y filosofía que traducen.

LEYES MOSAICAS.

Aunque el *Código mosaico* fue escrito 1,500 años después del *Código de Hammurabi* no muestra ningún adelanto con respecto a éste y sí un retroceso arcaico hacia el dominio de la clase sacerdotal (Léase el *Levítico*).

El cuerpo moral de este código, en forma de cánones definitivos, de rigurosa práctica en el judaísmo — y adoptado por el cristianismo con ligeras modificaciones en el texto, sobre todo en lo que respecta al primer mandamiento — es la *Tabla de la Ley*, que Jehová entregara a Moisés en lo alto del Monte Sinaí, para que sirviera de guía espiritual de su pueblo. He aquí esos diez mandamientos — *El Decálogo* — según figuran en el capítulo 20 del *Exodo* (versículos del 3 al 17):

- 1o. No tendrás dioses ajenos delante de mí. No te harás imagen ni ninguna semejanza de cosa que esté arriba en el cielo, ni abajo en la tierra, ni en las aguas debajo de la tierra: No te inclinarás a ellas, ni las honrarás; porque yo soy Jehová, tu Dios, fuerte, celoso, que visitó la maldad de los padres sobre los hijos, sobre los terceros y sobre los cuartos, a los que me aborrecen. Y que hago misericordia en millares a los que me aman y guardan mis mandamientos. (30)
- 2o. No tomarás el nombre de Jehová, tu Dios, en vano; porque no dará por inocente Jehová al que tomare su nombre en vano.
- 3o. Acordarte has del día de reposo para santificarlo: seis días

trabajarás y harás toda tu obra; mas el séptimo día será reposo para Jehová, tu Dios: no hagas en él obra alguna, tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu criado, ni tu bestia, ni tu extranjero que está dentro de tus puertas: Porque en seis días hizo Jehová los cielos y la tierra, la mar y todas las cosas que en ellos hay, y reposó en el séptimo día: por tanto, Jehová bendijo el día del reposo y lo santificó (31).

- 4o. Honra a tu padre y a tu madre, porque tus días se alarguen en la tierra que Jehová tu Dios te da.
- 5o. No matarás.
- 6o. No cometerás adulterio.
- 7o. No hurtarás.
- 8o. No hablarás contra tu prójimo falso testimonio.
- 9o. No codiciarás la casa de tu prójimo.
- 10o. No codiciarás la mujer de tu prójimo, ni su siervo, ni su criada, ni su buey, ni su asno, ni cosa alguna de tu prójimo.

Como se ve estos mandamientos son, en realidad, un austero Código de moral, aunque sin el rigor inhumano de los mandamientos búdicos (32) o de los jainas. (33). Sin embargo, aquí falta el más hermoso de todos los mandamientos, el más grande, el más noble, el que sería después base del cristianismo, y que se enuncia con estas simples palabras “*amarás a tu prójimo como a ti mismo*”, canon que encontramos en el *Levítico*, perdido en una repetición de diversas leyes.

HERENCIA MESOPOTÁMICA

Relatos y libros poéticos de la Biblia tienen antecedentes en la literatura mesopotámica.

Hay en ambas literaturas, como hemos dicho, una Creación y un Paraíso, con un árbol prohibido y una tentación. Y lo

mismo que Moisés fue salvado de la muerte a que lo condenaba el decreto faraónico — como judío varón — colocado, recién nacido, en una cesta de mimbre que, navegando por las aguas del Nilo, llega al remanso donde la princesa real se bañaba, así Sargón — Santo mesopotámico—, es salvado de las aguas en las que, por designio real, estaba condenado a morir.

La leyenda de Sargón — posiblemente anterior a la mosaica — pertenece al tercer milenio anterior al nacimiento de Cristo y se encontró en una tablilla cuneiforme del primer milenio. Parte del texto dice así:

“Yo soy Sargón, poderoso rey de AKKAD. Mi madre era una sacerdotisa. A mi padre no lo conocí. Mi madre me concibió, me dio a luz a escondidas, me colocó en una cesta de juncos y cerró mi puerta con asfalto. Me abandonó en el río... El río me arrastró, llevándome hasta donde estaba Akki regando.

Esta me adoptó como hijo suyo y me educó...” (34)

He aquí el parecido con este episodio de la historia bíblica de Moisés:

“Mas, como no pudieron tenerlo oculto más tiempo, cogió una cestilla de papiro, calafateada con betún y pez, y lo puso en ella, y lo colocó en el juncal, orillas del Nilo...” (35)

La barca de Moisés llega hasta donde la princesa egipcia se bañaba, quien lo tomó y lo adoptó como hijo...

Más similitud hay entre ambos diluvios, el bíblico y el babilónico, que precede a aquél en muchos años.

Sucedió que los dioses mesopotámicos, irritados por los pecados de los hombres, se confabularon para anegar la humanidad en un caudal de agua precipitada del cielo. Pero la diosa Ea se sentía angustiada por esta catástrofe que daría al traste con lo mejor de su propia creación. Y decidió salvar un justo: Samás—Napistín, piadoso y bueno.

Y llamó al justo, ordenándole construir una barca de

grandes dimensiones donde se salvara él con su parentela. Y, entonces, se volcaron los cántaros del cielo.

Cuarenta días con sus noches — interminable lapso — llovieron inmensos raudales de agua sobre la tierra. Y la lluvia caía incesante.

Los dioses empezaron a angustiarse por la desaparición de su humanidad: pero Ea les mostró, flotando en las aguas que cubrían las más altas montañas del globo, la nave airosa en cuyo seno navegaba un hombre justo que debía salvarse. Y a los cuarenta días la lluvia cesó. Y las aguas empezaron a retirarse, atracando la barca en la cima del monte Nissir.

El poema sumerio explica claramente este acontecimiento. Veamos: la diosa Ea se acerca a Samás Napistín y le recomienda:

*“Hombre de Shuruppak, hijo de Ubaratutu,
destruye tu casa
y construye un navío.
abandona tus riquezas
¡busca la vida!
Desprecia los bienes.
¡Salva la vida!
Mete toda simiente de vida dentro del navío.
El navío que debes construir...
las medidas estén (bien) proporcionadas. (36)*

Casi idéntica recomendación le hace Jahvé a Noé, único humano, con su familia, que se salva en el diluvio bíblico. Leamos:

*“Habló, pues, Dios a Noé.
Fabrícate un arca de madera de conífera. .
Meterás, además, en el arca
de entre todo ser viviente y todo ser animado
dos de cada clase a vivir conmigo;
serán macho y hembra. (37)*

Ea tiene mucho cuidado en detallarle a Samás—Napistín las

dimensiones que debe tener su fantástica arca. He aquí las dimensiones alcanzadas:

*Su superficie era de doce iku.
Las paredes eran de diez gar de altura.
Los recubrí con seis pisos; repartí su anchura
siete veces.
Su interior lo repartí nueve veces.
Seis sar de brea eché en el horno. (38)*

Así leemos en los capítulos de la Biblia las medidas precisas que Jahvé indica a Noé:

*“La longitud del arca será de 300 codos; de 300 codos su anchura y 30 codos su altura. (39)
“Plantas bajas, segundas y terceras le harás” (40)
“Haz en el arca diversas mansiones” (41)
“Y embréala por dentro y fuera con brea” (42)*

En ambos diluvios las barcas desafían la precipitación pluvial, no obstante la multitud de sus tripulaciones, sobre todo entre la fauna destinada a ser salvada. Así lo explica Samás—Nipistín:

*“Todo lo que traía lo cargué con toda clase de
símiente de vida
Metí en el navío a toda mi familia y parentela.
Ganados del campo, animales del campo, artesano
todo metí.
Entré en el navío y cerré mi puerta.
Cuando brilló la luz matutina, de fundamentos
del cielo se
alzó una nube negra.
Adaad rugía allá dentro.
El furor de Adaad llega hasta el cielo
Y toda claridad se cambia en tinieblas. (43)*

Algo análogo le pasó a Noé:

*“Y ante las aguas del diluvio entró Noé
en el arca, acompañado de sus hijos, mujer
y las mujeres de sus hijos.*

*De los animales puros y de los animales
que no lo son y de las aves y de todo
lo que se arrastra sobre el suelo,*

de dos en dos vinieron hasta Noé al arca,

macho y hembra, como había Dios mandado a Noé” (44)

“Y Jahvé cerró tras él” (45)

*“A los siete días las aguas del diluvio
irrupieron sobre la tierra...*

*En ese día se hendieron todas las fuentes
del gran abismo y las compuertas del
cielo se abrieron” (46).*

Y, por último, al retirarse las aguas, ambos barcos atracaron, no en tierra, sino en la cima de un monte: la de Noé en el Ararat, la de Samás en el Nissir:

“Abrí la ventana y la luz resbaló por mis mejillas.

El navío se posó en el monte Nissir.

El monte Nissir retuvo el navío y no

lo dejó bogar más” (47)

Y en el texto bíblico:

*“Al cabo de cuarenta días abrió Noé la ventana
del arca que había hecho. (48)*

*En el mes séptimo, día 17 del mes, descansó
el arca sobre el monte de Ararat” (49)*

Ya hemos contado como Jethro, rey-sacerdote del Sinaí, y, por tanto, mesopotámico, aconsejó a Moisés, su yerno, escribir un Código que le permitiera impartir justicia, y de aquí las semejanzas que se encuentran entre el *Código mosaico* y el de

Hammurabi que reflejan la antigua costumbre del delta del Eufrates.

NOTA: Esta es la primera parte de un extenso ensayo del Dr. Mariano Lebrón Saviñón, que publicaremos en sucesivos números de nuestra revista, y que continúa una indagación histórico-literaria de la que ofrecimos anteriormente, en nuestros números 10 y 11, el capítulo correspondiente a la Poesía Árabe.

NOTAS

(1) Llegó a gobernar en Egipto por mor de su arte de adivinación.

(2) El Prof. Garstang, de la Universidad de Liverpool dice haber descubierto en Jericó pruebas de que Moisés fue educado por la princesa Hapchesut, y educado como su favorito. Estos indicios los encontró en una tumba de Jericó, donde también descubrió huellas de la caída de esta ciudad en manos de Josué.

(3) ¿No se estará refiriendo Manetón a las plagas? La aseveración de Manetón es poco confiable, por interesada; pero ayuda, por lo menos, a confirmar la existencia de Moisés.

(4) La Biblia apunta que esta matanza se hizo por mandato de Dios.

(5) Pueden leerse en Los Números y en El Levítico que son dos de las partes esenciales de El Pentateuco.

(6) Durant, Will.— "Nuestra herencia oriental". Dos tomos. Ed. Sudamericana.

(7) Pijoán, José— Historia del mundo (Stomos) Tomo I.— Salvat—Editores.

(8) Se dice que sus sonoras trompetas, resonadas con formidables pulmones, derribaron los recios muros de la ciudad, permitiendo la penetración de los invasores.

(9) Sólo perdonaron la vida de Rahab y sus amigos. Esta Rahab fue una traidora que escondió en su hogar a los espías y los ayudó a escapar, tras mostrarles los puntos estratégicos de la ciudad.

(9 bis) Esta es la etapa de los profetas de los que hablaré más adelante.

(10) Hizo que lo pusieran al frente del ejército, en la batalla, y que lo dejaran solo en el momento oportuno. Fue abatido por las tropas enemigas.

(11) La descripción de este gran templo figura en la Biblia: I Reyes. caps. VI y VII.

(12) Se dice que cuando Jehová o Jahvé le prometió lo que pidiera, él tan sólo quiso sabiduría.

(13) Biblia: I Reyes 11.3

(14) Van Loon, Hendrik — Historia de la Biblia. —Ed. Siglo Veinte.—

(15) Ob. cit.

(16) Weber, M.— Historia de la Cultura. Ed. Siglo Veinte.

(17) Astarté era una diosa fenicia de culto sangriento; es la misma diosa mesopotámica Istar, dulce y luminosa deidad astral que copiaron los fenicios. Istar

se representaba en el cielo por el más luminoso lucero de la tarde, Véspero, esto es Venus, de donde parece nacer la Afrodita de los griegos.

(18) Exodo—Cap. 11

(19) Exodo—Cap. 2.6

(20) Exodo —Cap. 2.8-9

(21) Exodo—Cap. 7.5

(22) Exodo—Cap. 32.10

(23) Salmos 144.1

(24) Salmos 20.1

(25) Salmos 144. 6-7-8

(26) Salmos 20.7

(27) Salmos 9. 263

(28) Salmos 18.7

(29) Gen. 1.26

(30) Este mandamiento, copiado por Mahoma, fue causa de que las artes plásticas no medraran entre los semitas. Tenía por objeto evitar la idolatría que Jehová castigaba severamente.

(31) Ese séptimo es el sábado para los adventistas del 7o día, que lo guardan rigurosamente. Cristo, sin embargo, transgredió esta ley, como otras tantas del viejo Canon, al hacer milagros los sábados, con escándalo de fariseos y saduceos, fieros guardadores de la ley.

(32) Eran esencialmente cinco, a saber: 1o. No matar ningún ser viviente; 2o. No tomar nada que no nos sea dado; 3o No hablar en falso. 4o. No tomar bebidas embriagadoras, y 5o. No faltar a la castidad. Era algo más que el celibato y que el "No matar": era un sacrificio total de no hacer daño ni siquiera a una brizna de hierba.

(33) Los jainas se sometían a sacrificios aún más inhumanos: prohíben la agricultura porque al desgarrar el suelo pueden matar insectos y gusanos; no se puede sorber la miel, porque hay que birlársela al panal y éste es de las abejas.

No se puede matar ningún ave, ni animal, porque es un crimen. He aquí esos mandamientos jainas: 1o. No matar nada; 2o. No mentir; 3o. No tomar lo que no nos es dado; 4o. Mantenerse casto y 5o. Renunciar al placer en toda cosa externa.

(34) Leyenda de Sargón—Libros de Oriente. Ed. Or.

(35) Ex. 2.3

(36) Gilgamés—Poema sumerio—Libros de Oriente. Ed. Or.

(37) Gen. 6.13

(38) Ibidem.

(39) Gen. 6.15

(40) Gen. 6.16

(41) Gen. 6.14

(42) Gen. 6.14

(43) Ibid.

(44) Gen. 7. 7-9

(45) Gen. 7.16

(46) Gen. 7. 10-11

(47) Ibid.

(48) Gen. 8.6

(49) Gen. 8.4